

PÁGINAS
DE
HISTORIA
CONTEMPORÁNEA
DE ESPAÑA

Joaquín M^a NEBREDA PEREZ

Trabajos realizados durante el Curso de Doctorado en Historia Contemporánea.

RECENSIONES BIBLIOGRÁFICAS

I.- La alternativa de la derecha (1996-2000).

Javier TUSELL GOMEZ.

RECENSION DEL TRABAJO
“La alternativa de la derecha. (1996-2000)”.

Por Javier Tusell.

Ponencia III Simposium de Historia Actual. Logroño 26-28-X-2000

El trabajo del fallecido profesor Tusell analiza el periodo político correspondiente al Gobierno presidido por el José M^a Aznar, entre los años 1996 y 2000 antes, por tanto, de que el mismo Aznar revalidara su estancia en la Moncloa pero con mayoría absoluta que, aunque no de manera plena porque pueden incidir otras circunstancias, constituye la valoración más objetiva del mandato analizado.

Ciertamente la victoria electoral del PP, por 300.000 votos de diferencia, fue valorada como escasa a la vista de la serie de escándalos de corrupción y de infracción de la legalidad que protagonizó el PSOE y el propio Gobierno, aunque la sorpresa por tan menguada diferencia de votos, que resalta el autor, debiera matizarse por la consideración de las siguientes circunstancias:

a) El GAL, desmesurado atentado al Estado de Derecho y legitimador de conductas terroristas, para no pocos ciudadanos favorables al nacionalismo sea moderado o violento, no fue juzgado negativamente por una parte posiblemente mayoritaria de la sociedad española, porque nuestra educación cívica no ha llegado a percibir la vulneración del Estado de Derecho por el propio Gobierno como delito horrendo, dando suelta, por el contrario, a la visceral satisfacción que produce la venganza.

b) Por lo que se refiere a los supuestos de corrupción que menudearon por doquier, gran parte de la sociedad tendió a ser permisiva con el PSOE y a concretar la condena en personas concretas, no en la organización ni tan siquiera en la política de desarme de los instrumentos de intervención pública, con la devaluación de los interventores de los ayuntamientos y demás entidades públicas. Probablemente hoy, quince años después, la ciudadanía hubiera sido más crítica con aquellas conductas.

Lo cierto es que el electorado no valoró tan negativamente como una mente sensible hubiera esperado y el resultado electoral fue tan magro como reseña el autor.

No entendí aquellas alusiones a la *"dulce derrota"* ni a la *"amarga vitoria"*, ni las entiendo ahora, porque lo que se produjo fue un cambio de trascendencia en la sociedad española, empezando por un *cambio generacional*, en el propio PP y en la política española, como el autor resalta, siguiendo por un *cambio en el posicionamiento ideológico* en la sociedad que se reflejó, cuatro meses después, en la promulgación de un paquete de Reales Decretos-Ley, de liberalización del urbanismo, de las telecomunicaciones, de los sectores energéticos, etc., de trascendental importancia y congruente con los vientos que soplaban en la Unión Europea, discrepando de la descripción devaluada que hace el autor ubicando ideológicamente a Aznar en *"...la derecha clásica transmutada hacia el liberalismo thatcheriano ... y derivada hacia un cierto centrismo en la etapa final de la oposición"*. A mi juicio esta descalificación de principio hubiera merecido de alguna precisión o explicación.

También se produjo un *cambio político* porque un actor, hasta entonces secundario que no tenía fácil el acceso al poder, como era el PP, lo había alcanzado y, sobre todo, se presentaba, con vistas al futuro, como una alternativa posible para establecer la imprescindible alternancia en el poder.

Resultaba obvio que la falta de respaldo parlamentario exigía a Aznar abrir líneas de acuerdo con los dos nacionalismos conservadores existentes en el escenario, PNV y CIU, con lo que llegó a los acuerdos necesarios para la constitución y viabilidad del Gobierno, llegando a acuerdos relevantes en materia de financiación autonómica.

Ciertamente, el Gobierno Aznar, en lugar de liberalizar e introducir competencia en el ámbito de los medios de comunicación pretendió crear uno de referencia política próxima, lo que además de anti-liberal es estúpido, otorgando, al final, el predominio al grupo mediático que pretendía

contrarrestar. Aquél intento de Aznar fue, desde su perspectiva ideológica y política, contradictorio y perjudicial.

En el ámbito económico se reconoce el giro copernicano que el nuevo Gobierno dio al escenario económico, tratando con cierta generosidad al último ministro de Solbes señalando que *“la recuperación se hubiera iniciado en plena era socialista”*, que si bien rectificó la política económica de Solchaga, en absoluto puso rumbo a la recuperación, pues cuando el nuevo Gobierno se hizo cargo de la economía no se cumplía ninguno de los diez y seis parámetros requeridos para nuestro acceso al euro, creándose el ambiente adecuado de recuperación económica cuando se transmitieron a los mercados señas evidentes de liberalización económica, de reducción de la intervención y de salida del sector público de las actividades económicas, de suyo destinadas a la iniciativa privada, según el credo liberal, lo que el autor denomina *“ingente desamortización”*.

Es cierto que la privatización de ENDESA no generó incremento de la competencia y la reducción de tarifas (aunque artificialmente las contuvo el Gobierno) porque, para el sector eléctrico, España es una isla que requiere de su interconexión con Europa y así incrementar y diversificar la oferta de energía eléctrica, lo que aún tiene dificultades serias, que se producirá en el medio plazo, por el contrario es incierto que la privatización definitiva de Telefónica, por ejemplo, no permitiera un sustancial incremento de la competencia en las telecomunicaciones así como serias bajadas de las tarifas (tarifas planas, etc.). También en este punto he de discrepar del autor que fuera director del Departamento ante el que presento esta reseña.

En lo político el PP estaba en la senda del crecimiento electoral y del entendimiento con los nacionalistas conservadores, según ya se ha señalado, eran buenos momentos para el renovado Partido Popular, mientras que en el PSOE se sufrían las consecuencias propias de la derrota, que ya he indicado nunca entendí por qué se denominó *“dulce derrota”*.

Señala el autor que González tenía "*dificultad casi visceral*" de entendimiento con Aznar y se comprende, le había ganado quien él, y muchos con él, nunca le reconocieron el menor relieve político (*charlotín*) y cuando se pierde contra quien se considera de inferior condición, la animadversión es inevitable. Por otra parte el proceso sucesorio, con dos personajes sucesivos, Almunia y Borrell desdibujaron al PSOE en el escenario electoral lo que originaría, junto con el éxito de la gestión gubernamental (crecimiento económico, reducción de la deuda y el déficit, incremento del empleo, etc.), la mayoría absoluta del año 2000, permitiendo la inversión extranjera en España y la de grupos españoles en el extranjero, en definitiva, acortando distancias con los países punteros de la unión Europea.

En materia laboral, recuerda el autor, la adecuada gestión del ministro Arenas que propició el diálogo con las centrales sindicales, siendo la bonanza general y la reducción del paro causa de que la Tesorería de la Seguridad Social presentara cuentas con superávit.

El incremento de la inmigración producía conflictos si no graves y generalizados, si llamativos y sintomáticos, aunque en éste ámbito ni entonces ni después hayan aparecido fenómenos que en otros países europeos empiezan a ser preocupantes, probablemente, por la capacidad de integración y de aceptación que tiene en España la colonia hispanoamericana, que constituye el mayor contingente migratorio.

El autor se muestra crítico, y hasta ácido, con la política educativa de Esperanza Aguirre, tachada de *conflictiva*, además de imprudente, pendenciera, etc., cuando consiguió promulgar la Ley de Calidad de la Enseñanza, con la que podía discreparse en cuestiones técnicas pero no, como lo hizo la izquierda, en sus fines de fomento de la cultura del esfuerzo, de la exigencia personal, de la garantía de una evaluación exigente del rendimiento escolar y de la defensa del estudiante con aprovechamiento, en definitiva, apoyándose en la tesis por la que una reducción en la exigencia escolar, igualando por abajo a los alumnos, esforzados o no, es radicalmente antisocial porque impide que quienes

proceden de las clases menos favorecidas puedan conquistar puestos de relieve, porque no existiendo la oportunidad de la excelencia la movilidad social se reduce claramente.

A mi juicio, la carga ideológica, sea liberal, como en el caso de Esperanza Aguirre, o socialdemócrata, carece de especial significación además de ser previsible en función del color gubernamental, lo significativo es si la previsión de resultados favorables la hace razonable, de modo que este dilema es propio de un debate técnico y, también, ideológico pero no es razonable que la Ley de Calidad de la Enseñanza, que por ser de carácter orgánico se aprobó con mayoría reforzada, genere un conflicto, en palabras del autor recensionado, y llegue a derogarse mediante un Real Decreto-Ley, en la toma de posesión del siguiente Gobierno.

El desastre educativo que padece España era y es un elemento negativo de nuestra realidad porque retarda nuestro desarrollo económico y calcifica las clases sociales, impidiendo el ascenso de los menos favorecidos, a los que se les ha negado la oportunidad de la excelencia y ante tal desastre educativo no parece que fuera excesiva, ni imprudente, ni pendenciera la posición de la ministra Aguirre, lo que ocurre es que tocaba aspectos sensible, muy concretamente, en la UGT. Han pasado siete años desde que se derogó la Ley de Aguirre y la educación española, a la vista de los últimos datos, va a peor sin que haya habido propuesta de solución que enderece su rumbo.

También fue crítico el autor con la política cultural de Aguirre, sobre cuya materia no me siento capaz de ofrecer opinión, reconociendo el conocimiento del autor, adquirido a su paso por el Ministerio de Cultura. En todo caso, su descalificación, probablemente ajustada, adolece de falta de alguna explicación.

En términos generales el autor considera continuista la política exterior y de defensa del Gobierno Aznar, resaltando la posición más atlantista y próxima a Gran Bretaña, la plena integración en la OTAN, ahora sólo rechazada por la extrema izquierda, y la derogación del servicio militar obligatorio.

En materia autonómica continuó la posición pactista del Gobierno y se produjo un repunte en la posición electoral del PP en el País Vasco.

Por lo que a la acción terrorista se refiere, el Gobierno Aznar mantuvo la presión policial y política contra ETA, desde el Ministerio del Interior regentado por Mayor Oreja, pero dos hechos alteraron la situación: el largo secuestro de Ortega Lara, funcionario de prisiones afiliado al PP, negándose el Gobierno a cualquier tipo de negociación y llegando a liberar al secuestrado después de más de un año de secuestro, así como el secuestro y posterior asesinato de Miguel Angel Blanco, ante el que también el Gobierno mantuvo la decisión de negarse a cualquier tipo de negociación. El secuestrado tras su liberación y la familia del asesinado compartieron, *a posteriori*, la decisión del Gobierno de no negociar con ETA, lo que resalta la convicción del Gobierno y la fortaleza moral de las víctimas.

Tras el asesinato de Miguel Angel Blanco, se produjo un movimiento popular, incluidos los sectores moderados del nacionalismo vasco, de rechazo frontal al terrorismo, movimiento en el que se constituyó el Foro de Ermua, cuya ola social hizo pensar al líder del PNV Javier Arzalluz que acabaría con el terrorismo y con el propio nacionalismo, razón por la que dio un brusco giro a su estrategia que concluiría con el Pacto de Estella, al que se incorporaron todas las tendencias nacionalistas, incluida ETA, y que originó que Nicolás Redondo, Líder del PSE-PSOE, rompiera el pacto de gobierno con el PNV.

El PNV se decanta claramente por la autodeterminación del pueblo vasco, claridad de posición que, aparentemente, reduce las posibilidades de utilización futura de su proverbial la ambigüedad. No puede olvidarse que, en términos electorales, las posiciones nacionalistas rondan el 50% de los votos emitidos.

Esta nueva situación colocó al PSE-PSOE en clara sintonía con el PP de Mayor Oreja y en el año 2001, periodo no incluido en el ámbito del presente

trabajo, estaría a punto de conquistar el Parlamento Vasco, aunque con la mayoría minoritaria del PP, al revés de lo que ocurre en la actualidad.

En 1999, recuerda el autor, se produjo un intento de negociación de ETA con el Gobierno. Efectivamente, ETA, en el marco del Pacto de Estella, anunció una tregua unilateral y pidió negociar con el Gobierno. El Gobierno envió unos emisarios que constataron que ETA pretendía negociar cuestiones políticas (autodeterminación, territorialidad, eufemismo de incorporación de Navarra a la autonomía del País Vasco, etc.) con lo que la negociación acabó sin avance alguno, en *"diálogo de sordos"* en palabras de autor.

Se reseña también, la singularidad del caso gallego en que la derecha mayoritaria, el Partido Popular, inició sus gobiernos sin ningún tinte autonomista y acabaría con un Fraga Iribarne autonomista militante, aplicando una política de fomento del gallego que rozaría con los umbrales de la libertad de los padres en la elección de la lengua vehicular. Fraga necesitaba redimirse, la lavar su imagen utilizando un disfraz de pseudo-nacionalista gallego.

En definitiva, Javier Tussell, autor del texto recensionado no es excesivamente generoso valorando el primer Gobierno Aznar, abundando en su crítica a la política educativa y cultural de Aguirre, a informativos de TVE que *"rondaban el bochorno"*, lo que sin duda sería cierto como lo es siempre que el Gobierno controla un medio de comunicación, pero no tengo el recuerdo de que fueran, los informativos de TVE y de Radio Nacional de España, más bochornos que los de la época anterior o los de la siguiente. Es un hecho inevitable que la parcialidad es consecuencia del sometimiento a la autoridad de una de las partes.

Como resultado más favorable, naturalmente, reseña el de la política económica tanto por la transversalidad de los beneficios que produjo como por la evidencia de los datos estadísticos que la cuantifican.